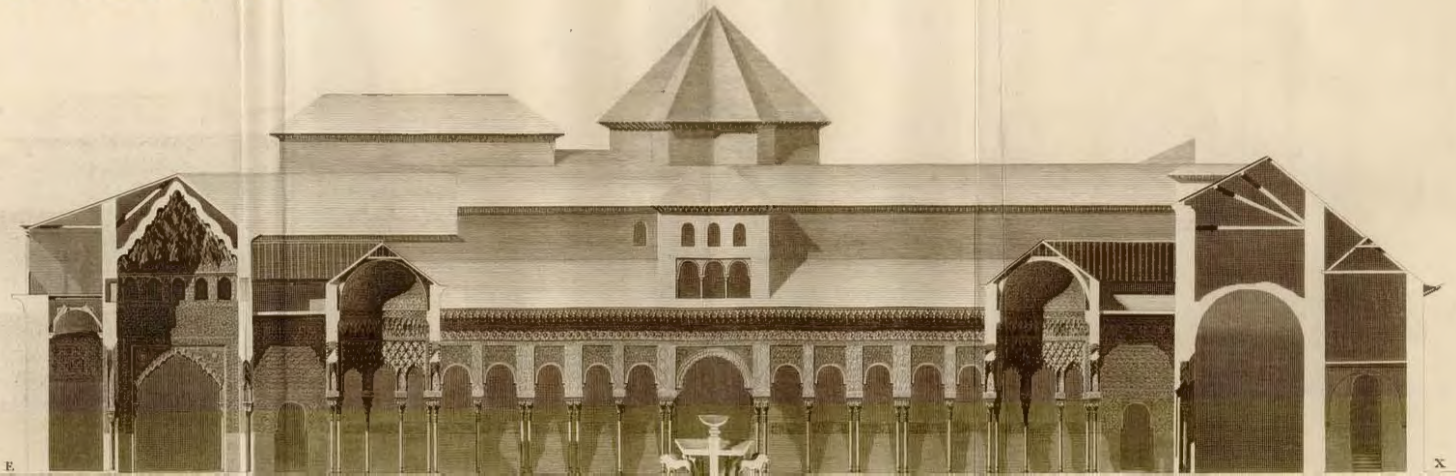
LA ALHAMBRA EN LOS TEXTOS



El hombre del desierto

La palabra eremia, griega, o deserta, romana, han sido denominaciones en las dos lenguas madre de nuestro continente que se usaron generalmente con el mismo significado que desierto. Era una denominación que tenía como referencia al mar de arena, que se arremolina en torbellinos y corrientes a merced de los vientos. Las lenguas modernas emplean términos como wüste, waste, wilderness, es decir, el lugar donde nadie habita, sin vida, salvaje, desagradable hasta el extremo.

El desierto comporta una relación unitaria del hombre y el mundo. Como una casa o un pueblo pueden estar desiertos, también puede un clima ser desértico. No es el que pertenece al desierto, sino el que viaja por él, quien mejor entabla contacto con el desierto concreto.

“Donde quiere que vaya, el hombre hallará montañas verdes”. Para ello el hombre establece una necesaria capacidad de adaptación. Cuando el habitante de esas montañas, viajando por su planeta, arriba a otras montañas, rocosas y agrestes, con pedregales y arenales, ese hombre se encontrará con lo otro. Aquello que le produce esa sensación de muerte, que sin árboles ni hierbas será un monte lúgubre y melancólico. Esta sequedad aparece ante sus ojos en la tremenda llanura arenosa, aquella que produce el nomadismo inevitable, con sus camellos portadores de agua. Arriba el Corán y, con él, el hombre de Arabia.

El desierto con su tranquilidad de muerte y su carencia total de vida, amenaza su existencia de raíz. Si no existiesen oasis, donde crece con el agua de primavera la hierba verde, el árabe no podría existir. La vivencia en estos términos obliga a la subsistencia, a la disputa por el bien escaso de la vida. El hombre ha de enfrentarse a la amenaza de otros hombres. Esta relación de oposición y enfrentamiento infunde en el espíritu de sus habitantes la necesidad del viaje.

El hombre del desierto no espera las bendiciones de la naturaleza, y en su espíritu se enfrenta a ella. Esta característica ha cristalizado en el arte arábigo, en el que las cenefas de adorno son abstractas y artificiales, el contorno de las mezquitas, manifiesto de sencillez y fuerza, son de ensueño y alejados de la naturaleza. Esta oposición al mundo natural va unida del mismo modo a la oposición al mundo de los demás hombres. Se convierte en un estilo de vida polémico. La tribu se conforma como solución a la vida individual, imposible de manifestarse en el desierto. Sumisión y belicosidad será su característica esencial.

Esta tribu, que lleva una vida nómada por el desierto, busca una tierra rica en agua, un paraíso. Sus hombres, los hombres del desierto, sumisos y batalladores, y por ello especialmente voluntariosos, cuando caen en un terreno agrícola subyugan a los pueblos que lo habían cautivado. Esto es precisamente la conquista del mundo por el Islam.

La proeza del hombre del desierto llegó a su cenit al dar a la humanidad el ‘dios personal’. La fe en el dios de la tribu fue en ellos mucho más fuerte que en otros casos, debido a las condiciones de vida y a las exigencias del desierto. En el desierto la naturaleza es muerte. La vida es tan sólo del lado del hombre. Por eso Dios ha de ser un dios personal. El que mostró claramente la índole desértica de este dios personal fue Mahoma. En sus doctrinas puso gran énfasis en la sumisión a la tribu como sumisión a Dios, y con esta fuerza empezó la lucha contra los demás.

Sequedad especulativa, denotada fuerza de voluntad, intensidad de sus inclinaciones morales, escasez de vida sentimental, han sido características permanentes del hombre del desierto.

LA ALHAMBRA EN LOS TEXTOS

BIBLIOTECA ETSAM

Unidad del arte musulmán, unidad religiosa, unidad en el clima, unidad en la lengua

El arte musulmán ha sido permanentemente cambiante durante los trece siglos de su existencia. Su dominio se extendió sobre una amplia faja este-oeste del planeta, que iba desde el golfo de Bengala al océano Atlántico, presentando una relativa unidad de clima. El calor es en general más fuerte, el cielo más luminoso, las lluvias menos frecuentes que en la mayor parte de Europa. Los desiertos ocupan relevantes espacios. Esas condiciones físicas, inevitablemente producen rasgos comunes en la arquitectura de los países musulmanes.

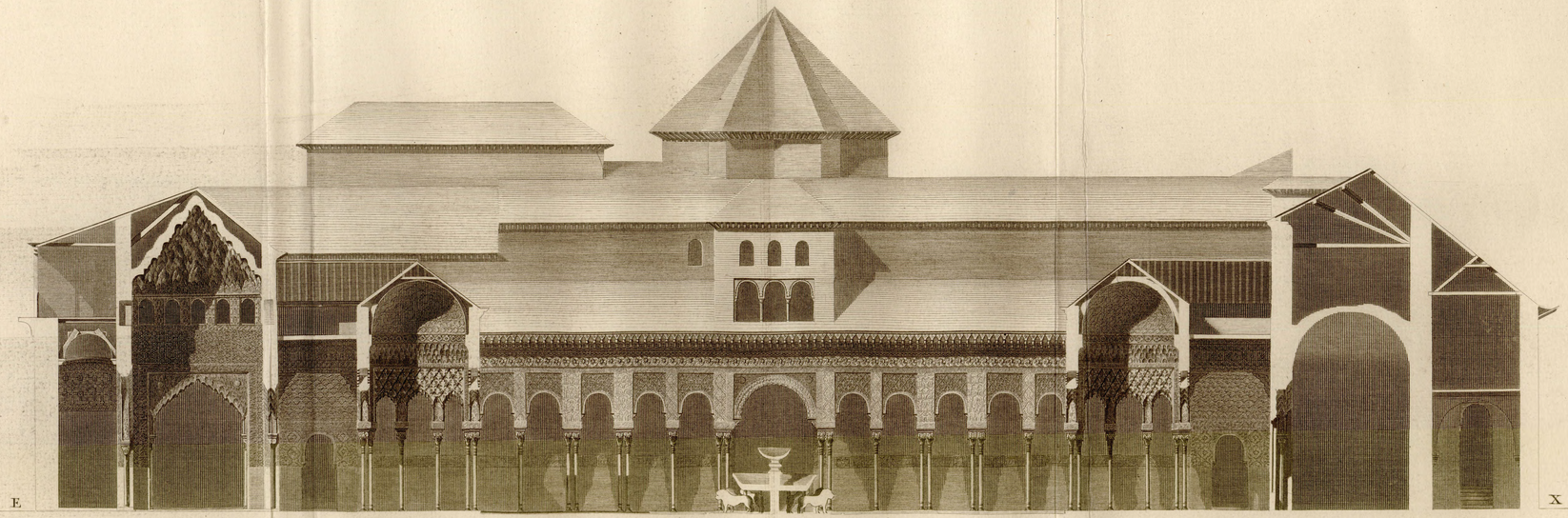
Escasez de lluvias y carácter semiárido de estas regiones producirá la inquietud de los fundadores de ciudades de proveerlas de agua. El agua, las fuentes, los estanques, serán una imagen permanente del espacio exterior del hábitat musulmán. A su vez estos climas cálidos incitan y facilitan la vida al aire libre. El espacio descubierto del patio musulmán, generalmente rodeados de un pórtico, sabemos que no fue común en los otros climas más rigurosos. A veces aparece como el cuarto principal de la vivienda. Los interiores son más abiertos y se accede a ellos desde él mediante grandes puertas, habitualmente abiertas. El sol, ingrediente diario, modela las superficies obligando a la desnudez y sobriedad de las fachadas y al escaso relieve de los salientes. La decoración en bajo relieve, el arabesco, parece heredado de artes anteriores. Las paredes serán depositarias de epigrafías, geometrías de yeso y floras animosas, que en su conjunto traducen un espíritu común del edificio musulmán. Espíritu que queda afectado por la unidad de la lengua, comúnmente el árabe, junto con el factor religioso, elemento unificador eficaz y permanente en el arte musulmán.

La qibla, el mhirab, el mimbar, la maqsura, el minarete, la midha, el funduq, las madrasas y las janakas, serán invariantes en todas las épocas de construcción islámica. El intenso monoteísmo arábigo impone, a su vez, la prohibición de figuras humanas y de animales.

No hay más divinidad que Alá. Este rigorismo privó al arte musulmán de estatuaria, limitando su observación del mudo exterior y, en último término, impeliendo al artista musulmán hacia la invención de formas extrañas a la naturaleza. La epigrafía muraría fue un canal de salida. El texto tiene una virtud propiciatoria por sí mismo. Tanto las paredes de la mezquita como el interior del palacio serán copados con fórmulas coránicas, a veces con la simple repetición de una sola palabra, elegía piadosa de potente comunicación cuando la lee el creyente. En España, en la Alhambra, tenemos buena prueba de ello.

Geografía y paisaje de Granada, la Alhambra como adaptación topográfica, ciudadela y palacio

Granada, la Damasco de Al Andalus, fue fundada a principios del siglo XI. En 1052 se elevó en el cerro de la Sabika una fortaleza, 'Qualat-al-hamra' (castillo rojo), donde el sultán, algo después, construyó su residencia. Para ello se construyeron aljibes, mazmorras y almacenes ante la eventualidad de un largo asedio. En 1232, Muhammad ibn Yusuf ibn Nasr (Al-Alhamar el rojo) inició el período nazarí y reconstruyó la Alhambra, convirtiéndola en una ciudadela-palatina. Se abrió la Acequia Real, se construyeron las torres Quebrada y del Homenaje, en el lienzo oriental de la muralla, y frente a ellas se erigió la torre de la Vela, mascarón desde aquel momento de la ciudadela. La Mezquita Real, los baños y el primitivo palacio del cual sólo se conserva el Mexuar se sucedieron en reinados posteriores. Los dos períodos acaecidos bajo los reinados de Yusuf I (1333-1353) y de su hijo Muhammad V (1354-1362) supusieron el culmen del desarrollo de la Alhambra, cuando en el primer período se construyó el Palacio de Comares, la torre de la Cautiva y la puerta de la Justicia y en el segundo el recinto del Palacio de los Leones. Por aquel momento Granada contaba con más de doscientas mezquitas, muchas de ellas pequeños oratorios. Todo el urbanismo de la ciudad se articulaba nuclearmente entorno a ellas.



LA ALHAMBRA EN LOS TEXTOS

BIBLIOTECA ETSAM

Estampas y descripciones después de la dominación árabe; los viajeros del XIX.

Con la dominación cristiana, a partir de 1492, tanto Granada como la Alhambra se castellanizan y cristianizan, pero el abigarramiento peculiar del urbanismo musulmán permaneció. Carlos V, en el siglo XVI, construyó su palacio renacentista acoplándolo en un lateral del recinto de Comares. Se transforma la Mezquita Real en iglesia y se construyen en los accesos a la muralla puentes y pilares nuevos, signos del período renacentista. Todo lo anteriormente descrito permanece al paso del tiempo con mayor o menor suerte, y de su sucesiva configuración dan fe la abundante muestra de vistas y grabados realizados durante los siglos XVI y XVII por artistas y viajeros flamencos y alemanes. Hofnagel, Münzer, Felipe de Vigarny y Wyngaerde, en sus diferentes vistas de la ciudad, relatan lo que el conjunto les mostraba desde las posiciones que tomaron para realizarlas. En 1571, Ambrosio de Vico realiza la 'Plataforma de Granada', documento topográfico de alto valor para comprobar la exactitud de los trabajos de sus contemporáneos.

Ya en el siglo XIX, el auge de los viajeros románticos ingleses, franceses y alemanes pone en valor el extraordinario hechizo que la visión de la ruinosa Alhambra les producía. Sus continuos relatos, dibujos, grabados y pinturas permanecen en el ideario de un destino inexcusable en el imaginario romanticista. James Cavanah Murphy con su 'The Arabian Antiquities of Spain' de 1813 y Owen Jones y Jules Goury con su 'Plans, Elevations, Sections and Details of the Alhambra' de 1834, realizados en el sitio, aportaron a través de estos dos espléndidos trabajos la documentación indispensable que revisaba el estado del complejo al inicio del XIX. Posteriormente, a ellos se sumaron los levantamientos de planos y topografías de cartógrafos y estudiosos españoles. Los más reseñables fueron los realizados sucesivamente por José de Hermosilla, Rafael Contreras y Modesto Cendoya.

Ya en el siglo XX, los trabajos de concienzuda restauración realizados por el arqueólogo, arquitecto y profesor de la ETSAM, Leopoldo Torres Balbás, supusieron el definitivo enfrentamiento intelectual, acorde con una nueva legislación, que permitía conservar el recinto de la Alhambra de un modo similar a como hoy lo conocemos al visitarlo.

El Manifiesto de la Alhambra de 1952, una reactivación de su inicial espíritu

"Para nosotros el edificio no tiene edad: sólo tiene arquitectura (…) No hemos venido a predicar la copia de la Alhambra (…) Hemos venido a darnos cuenta de los valores modernos, hablando en sentido estrictamente moderno, que tiene la Alhambra. El parentesco entre este edificio del siglo XIV y la arquitectura actual más avanzada es, en algunos puntos, asombroso: coinciden en la aceptación del módulo humano, en la manera asimétrica pero orgánica de componer las plantas, en la pureza y sinceridad de los volúmenes resultantes, en la forma de incorporar el jardín y el paisaje al edificio, en el uso económico y estricto de los materiales, y en tantas cosas más que sería largo de enumerar" 'Manifiesto de la Alhambra' de 1952.

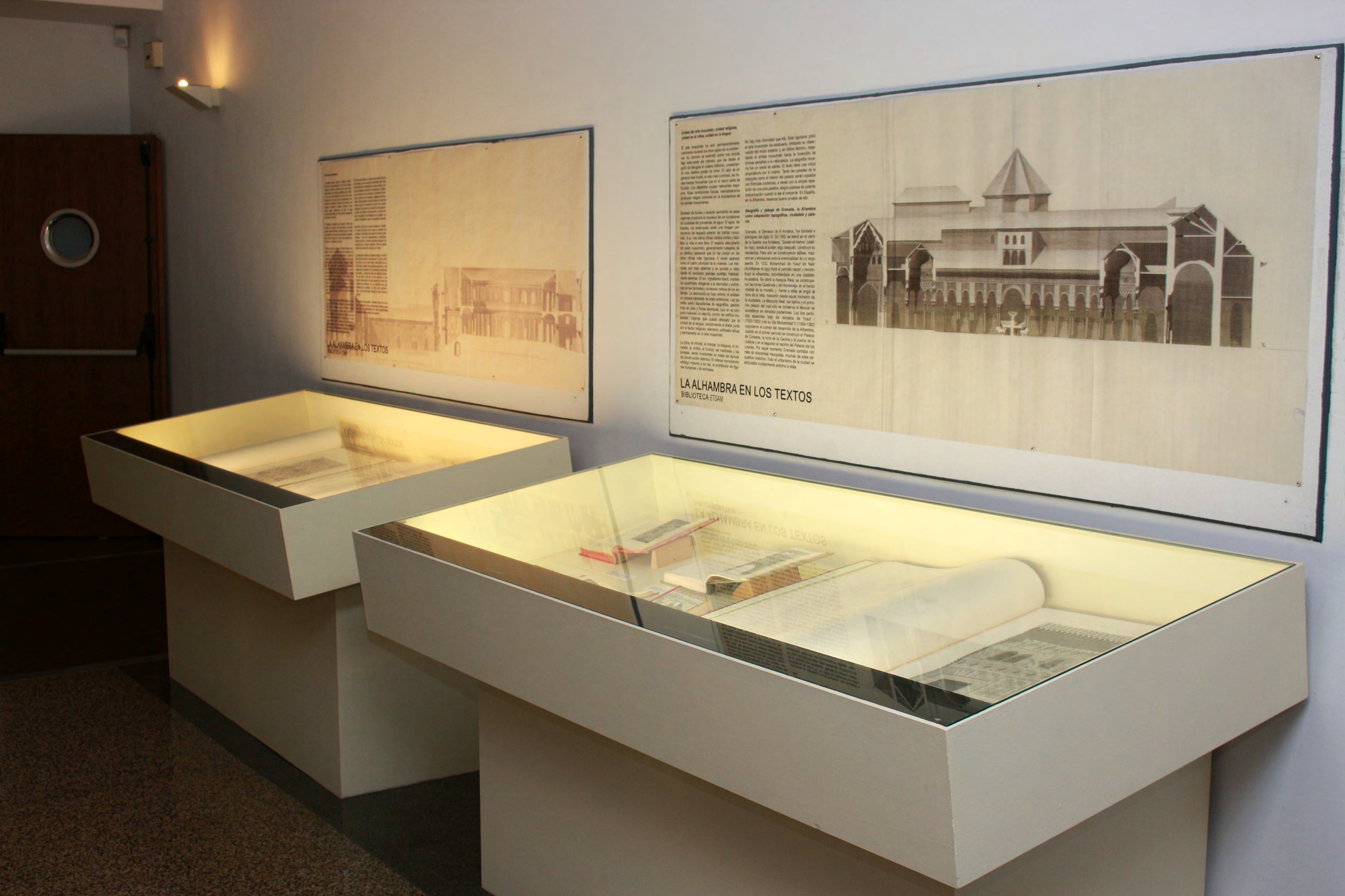
Esta declaración fue suscrita por un grupo de arquitectos que trabajaban sobre la necesidad de renovación de la arquitectura española. En aquella fecha visitaron la Alhambra, y, a sus pies, formularon aquel enérgico ideario que ponía en valor el inicial espíritu que alumbró la excelencia de este singular monumento, objeto de esta exposición. Entre los veinticuatro firmantes entresacamos los nombres de Secundino Zuazo, Miguel Fisac, Francisco Prieto Moreno, Rafael Aburto, Pedro Bidagor, Francisco Cabrero, Fernando Chueca, Rafael Fernández Huidobro, Damián Galmes, Emilio Larrodra y Mariano Rodríguez Avial, de los cuales los ocho últimos fueron profesores de la ETSAM.

Javier Climent Ortiz, Noviembre 2014

LA ALHAMBRA EN LOS TEXTOS

BIBLIOTECA ETSAM

El hombre del desierto
LA ALHAMBRA EN LOS TEXTOS
BIBLIOTECA ETSAM
LA ALHAMBRA EN LOS TEXTOS


LA ALHAMBRA EN LOS TEXTOS
BIBLIOTECA ETSAM
Unidad del arte musulmán, unidad religiosa, unidad en el clima, unidad en la lengua
Geografía y paisaje de Granada, la Alhambra como adaptación topográfica, ciudadela y palacio
LA ALHAMBRA EN LOS TEXTOS
BIBLIOTECA ETSAM

El hombre del desierto

La palabra eremia, griega, o deserta, romana, han sido denominaciones en las dos lenguas madre de nuestro continente que se usaron generalmente con el mismo significado que desierto. Era una denominación que tenía como referencia al mar de arena, que se arremolina en torbellinos y corrientes a merced de los vientos. Las lenguas modernas emplean términos como wüste, waste, wilderness, es decir, el lugar donde nadie habita, sin vida, salvaje, desagradable hasta el extremo.

El desierto comporta una relación unitaria del hombre y el mundo. Como una casa o un pueblo pueden estar desiertos, también puede un clima ser desértico. No es el que pertenece al desierto, sino el que viaja por él, quien mejor entabla contacto con el desierto concreto.

"Donde quiere que vaya, el hombre hallará montañas verdes". Para ello el hombre establece una necesaria capacidad de adaptación. Cuando el habitante de esas montañas, viajando por su planeta, arriba a otras montañas, rocosas y agrestes, con pedregales y arenales, ese hombre se encontrará con lo otro. Aquello que le produce esa sensación de muerte, que sin árboles ni hierbas será un monte lúgubre y melancólico. Esta sequedad aparece ante sus ojos en la tremenda llanura arenosa, aquella que produce el nomadismo inevitable, con sus camellos portadores de agua. Arriba el Corán y, con él, el hombre de Arabia.

El desierto con su tranquilidad de muerte y su carencia total de vida, amenaza su existencia de raíz. Si no existiesen oasis, donde crece con el agua de primavera la hierba verde, el árabe no podría existir. La vivencia en estos términos obliga a la subsistencia, a la disputa por el bien escaso de la vida. El hombre ha de enfrentarse a la amenaza de otros hombres. Esta relación de oposición y enfrentamiento infunde en el espíritu de sus habitantes la necesidad del viaje.

El hombre del desierto no espera las bendiciones de la naturaleza, y en su espíritu se enfrenta a ella. Esta característica ha cristalizado en el arte arábigo, en el que las cenefas de adorno son abstractas y artificiales, el contorno de las mezquitas, manifiesto de sencillez y fuerza, son de ensueño y alejados de la naturaleza. Esta oposición al mundo natural va unida del mismo modo a la oposición al mundo de los demás hombres. Se convierte en un estilo de vida polémico. La tribu se conforma como solución a la vida individual, imposible de manifestarse en el desierto. Sumisión y belicosidad será su característica esencial.

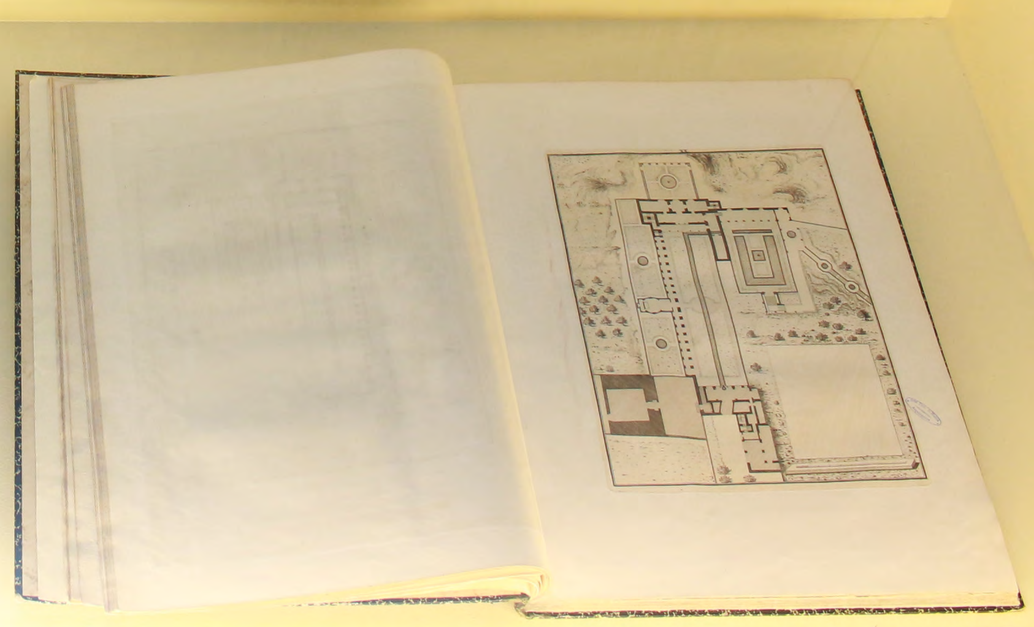
Esta tribu, que lleva una vida nómada por el desierto, busca una tierra rica en agua, un paraíso. Sus hombres, los hombres del desierto, sumisos y batalladores, y por ello especialmente voluntariosos, cuando caen en un terreno agrícola subyugan a los pueblos que lo habían cautivado. Esto es precisamente la conquista del mundo por el Islam.

La proeza del hombre del desierto llegó a su cenit al dar a la humanidad el 'dios personal'. La fe en el dios de la tribu fue en ellos mucho más fuerte que en otros casos, debido a las condiciones de vida y a las exigencias del desierto. En el desierto la naturaleza es muerte. La vida es tan sólo del lado del hombre. Por eso Dios ha de ser un dios personal. El que mostró claramente la índole desértica de este dios personal fue Mahoma. En sus doctrinas puso gran énfasis en la sumisión a la tribu como sumisión a Dios, y con esta fuerza empezó la lucha contra los demás.

Sequedad especulativa, denotada fuerza de voluntad, intensidad de sus inclinaciones morales, escasez de vida sentimental, han sido características permanentes del hombre del desierto.

LA ALHAMBRA EN LOS TEXTOS

BIBLIOTECA ETSAM



Unidad del arte musulmán, unidad religiosa, unidad en el clima, unidad en la lengua

El arte musulmán ha sido permanentemente cambiante durante los trece siglos de su existencia. Su dominio se extendió sobre una amplia faja este-oeste del planeta, que iba desde el golfo de Bengala al océano Atlántico, presentando una relativa unidad de clima. El calor es en general más fuerte, el cielo más luminoso, las lluvias menos frecuentes que en la mayor parte de Europa. Los desiertos ocupan relevantes espacios. Esas condiciones físicas, inevitablemente producen rasgos comunes en la arquitectura de los países musulmanes.

Escasez de lluvias y carácter semiárido de estas regiones producirá la inquietud de los fundadores de ciudades de proveerlas de agua. El agua, las fuentes, los estanques, serán una imagen permanente del espacio exterior del hábitat musulmán. A su vez estos climas cálidos incitan y facilitan la vida al aire libre. El espacio descubierto del patio musulmán, generalmente rodeados de un pórtico, sabemos que no fue común en los otros climas más rigurosos. A veces aparece como el cuarto principal de la vivienda. Los interiores son más abiertos y se accede a ellos desde él mediante grandes puertas, habitualmente abiertas. El sol, ingrediente diario, modela las superficies obligando a la desnudez y sobriedad de las fachadas y al escaso relieve de los salientes. La decoración en bajo relieve, el arabesco, parece heredado de artes anteriores. Las paredes serán depositarias de epigrafías, geometrías de yeso y floras animosas, que en su conjunto traducen un espíritu común del edificio musulmán. Espíritu que queda afectado por la unidad de la lengua, comúnmente el árabe, junto con el factor religioso, elemento unificador eficaz y permanente en el arte musulmán.

La qibla, el mhirab, el mimbar, la maqsura, el minarete, la midha, el funduq, las madrasas y las janakas, serán invariantes en todas las épocas de construcción islámica. El intenso monoteísmo arábigo impone, a su vez, la prohibición de figuras humanas y de animales.

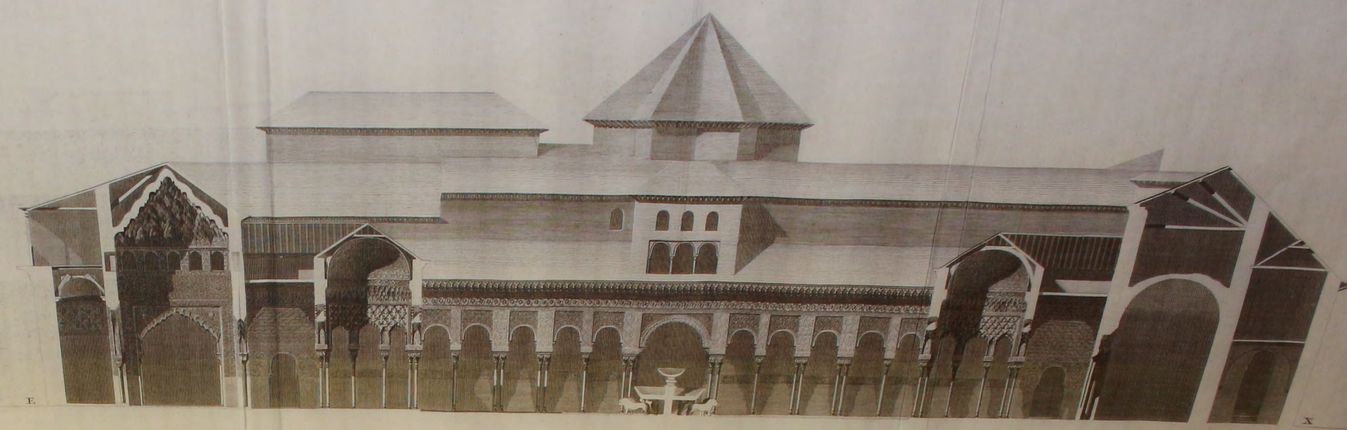
No hay más divinidad que Alá. Este rigorismo privó al arte musulmán de estatuaria, limitando su observación del mudo exterior y, en último término, impeliendo al artista musulmán hacia la invención de formas extrañas a la naturaleza. La epigrafía muraria fue un canal de salida. El texto tiene una virtud propiciatoria por sí mismo. Tanto las paredes de la mezquita como el interior del palacio serán copados con fórmulas coránicas, a veces con la simple repetición de una sola palabra, elegía piadosa de potente comunicación cuando la lee el creyente. En España, en la Alhambra, tenemos buena prueba de ello.

Geografía y paisaje de Granada, la Alhambra como adaptación topográfica, ciudadela y palacio

Granada, la Damasco de Al Andalus, fue fundada a principios del siglo XI. En 1052 se elevó en el cerro de la Sabika una fortaleza, 'Qualat-al-hamra' (castillo rojo), donde el sultán, algo después, construyó su residencia. Para ello se construyeron aljibes, mazmorras y almacenes ante la eventualidad de un largo asedio. En 1232, Muhammad ibn Yusuf ibn Nasr (Al-Alhamar el rojo) inició el período nazarí y reconstruyó la Alhambra, convirtiéndola en una ciudadela-palatina. Se abrió la Acequia Real, se construyeron las torres Quebrada y del Homenaje, en el lienzo oriental de la muralla, y frente a ellas se erigió la torre de la Vela, mascarón desde aquel momento de la ciudadela. La Mezquita Real, los baños y el primitivo palacio del cual sólo se conserva el Mexuar se sucedieron en reinados posteriores. Los dos períodos acaecidos bajo los reinados de Yusuf I (1333-1353) y de su hijo Muhammad V (1354-1362) supusieron el culmen del desarrollo de la Alhambra, cuando en el primer período se construyó el Palacio de Comares, la torre de la Cautiva y la puerta de la Justicia y en el segundo el recinto del Palacio de los Leones. Por aquel momento Granada contaba con más de doscientas mezquitas, muchas de ellas pequeños oratorios. Todo el urbanismo de la ciudad se articulaba nuclearmente entorno a ellas.

LA ALHAMBRA EN LOS TEXTOS

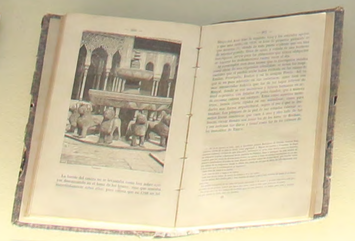
BIBLIOTECA ETSAM



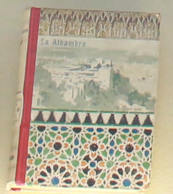
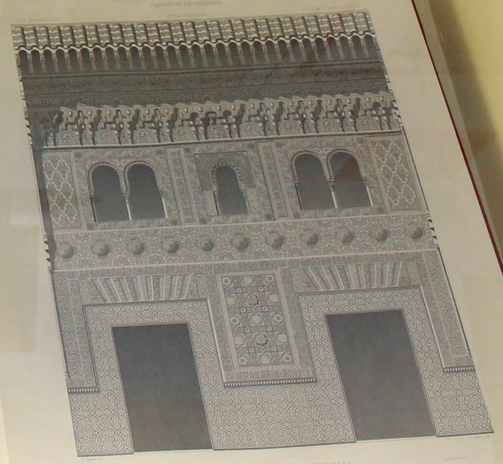
Ty y Morgat, Francisco
Monumentos arquitectónicos de España
Madrid, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, 1880
Edición de Fidel Pinilla de Las Heras
Colección de Bibliotecas de Arquitectura del Grupo Cultura y Gestión

Pisagno, Girault de
Cours de construction des édifices et des ponts, par Pisagno, ou Grole et un Bachelier
Paris, Librairie Hachette, 1901

Torres Balbás, Leopoldo
Colección de diapositivas en vidrio de la Alhambra
Madrid, Tomas Mallén, colección en los años 1 a 10 (1.000)



Contreras, Rafael
Granada. Guía de la ciudad, monumentos y paseos
Granada, Indalecio Ventura, 1892



Becerra Lucena Paradas, Luis
La Alhambra: conjunto histórico de Granada y Alhambra
2ª ed.
Granada, Artes Gráficas Granadinas, 1970